

Picardías en el monte

Gustavo Roldán

Ilustraciones de Clau Degliuomini

loqueleg

PEDRO URDEMALES
Y EL ÁRBOL DE PLATA
(VERSIÓN LIBRE DE UN CUENTO POPULAR)

Sentado en un tronco a la orilla del camino, Pedro Urdemales jugaba con seis monedas de plata. Y eso era bastante plata.

“Bah”, pensó, “tanto lío para conseguirlas. Las monedas tendrían que salir de los árboles”.

Y ahí se le ocurrió la idea.

Sin perder tiempo cortó una rama de jacarandá, hizo una bola de barro grandota y plantó en ella la rama. Después buscó un poco de resina de un pino y pegó con todo cuidado una moneda en cada ramita.

Listo.

Dio dos pasos para atrás y miró contento su nueva planta.

Primero pasó un labrador, con pala, azada y calor.

Después pasó una viejita, con su carga de ropita.

Más tarde pasó el lechero, con su vaca y su ternero.

Y entonces Pedro Urdemales vio que se acercaba un caballero, con capa y sombrero.

“Este sí”, se dijo, y puso a la vista su nueva planta.

—Buenas tardes —saludó el caballero.

—Buenas tardes —dijo Pedro Urdemales.

—¡Qué linda planta tiene usted!
¡Y qué flores bonitas!



—Más de lo que parecen de lejos. Mírelas bien, si quiere.

El caballero se acercó. Cuando vio que las flores eran monedas de plata pensó: “¿Qué hace este tonto con semejante maravilla? Esta planta tiene que ser mía”.

—Muy bonita —dijo como si no le interesara demasiado—. ¿Crecen estas plantas por aquí?

—No, señor, esta es una planta mágica. Es la única que hay en el mundo. Tiene una gran virtud, da una moneda de plata cada día. Ayer tenía cinco monedas...

El caballero contó las monedas.

—Tiene seis ahora...

—Ah, claro —dijo Pedro Urdemales haciéndose el sorprendido—, ya debe ser la hora. Entonces podré seguir mi camino, no hay que moverla

cuando está por brotar la moneda. Ya perdí muchas porque tengo que viajar muy lejos y no tengo un reloj, para saber la hora.

Al caballero le brillaron los ojos. Ahí estaba la punta para conseguir esa planta.

—Claro, me doy cuenta. A las plantas les hace mal que las muevan mucho.

—Sí, señor, pero no tengo más remedio. Y hasta es posible que se seque en el camino. Tengo que cruzar un gran desierto.

—¡Qué barbaridad! Sería un desastre hacerla cruzar un desierto. Usted se va a quedar sin planta.

—¿Qué puedo hacer? Con esta planta a mi familia nunca le va a faltar nada. Tengo que llevarla nomás.

—Me preocupa esa planta. Es seguro que se va a secar y usted se quedará sin nada. Yo, en cambio, vivo muy

cerca. Si me la vende, podré cuidarla como se merece.

—Pero mi familia se quedará sin dinero.

—No, no. Le pagaré bien. ¿Qué le parece si le doy veinte monedas de plata?

—La extrañaría mucho, ya me acostumbré a viajar cargándola todo el día.

—Podrá viajar más descansado, y no tendrá problemas en el desierto. Mire, tengo también un reloj de oro. También se lo doy.

—¿Y usted la cuidaría mucho? Mire que yo vengo cuidándola desde hace largo tiempo.

—Sí, sí, la cuidaría muchísimo, la regaría todos los días, la plantaría en el lugar más lindo del jardín. Para que no dude más, y solo porque le conviene a la planta, le doy treinta monedas de plata y mi reloj de oro.

—Estoy seguro que será lo mejor para la planta. Lo haré solamente por eso. ¿Pero me asegura que la cuidará muy pero muy bien?

—Claro que la cuidaré. Me preocupa mucho, y personalmente me encargaré de que no sufra una planta tan hermosa.

—Se ve que usted es un hombre cuidadoso. A otro no se la vendería por nada del mundo. Mire que en un mes ya va a tener de vuelta sus treinta monedas. Este...

—No diga nada. Le doy cincuenta monedas y mi reloj de oro.

—En fin, me despido de mi planta tan querida.

Cada uno se fue por su camino.

El caballero, feliz y contento, pensando en el buen negocio que había hecho.

Pedro Urdemales, feliz y contento, miraba su reloj de oro, pensando en lo lindo que sería tener una planta que diese relojes de oro.

